

«No es extraño que troyanos y aqueos, de buenas grebas,
por una mujer tal estén padeciendo duraderos dolores:

tremendo es su parecido con las inmortales diosas al mirarla.
al mirarla

Pero aún siendo tal como es, que regrese en las naves

y no deje futura calamidad para nosotros y nuestros hijos.»

Así hablaban, y Priamo, alzando la voz, llamó a Helena:

llamó

«Ven aquí, hija querida, y siéntate ante mí y verás
sientate

a tu anterior marido, a tus parientes políticos y a tus amigos.

Para mí tú no eres culpable de nada; los causantes son los dioses,
que trajeron esta guerra, fuente de lágrimas, contra los aqueos.

Así podrás decirme además el nombre de ese monstruoso guerrero.

¿Quién es ese guerrero aqueo noble y alto?

Cierto que hay otros más altos, que hasta le sacan la cabeza,

pero hasta ahora no he visto en mis ojos a nadie tan bello

ni tan majestuoso. Lo digo porque parece un rey.»

Respondióle Helena, de casta de Zeus entre las mujeres:

«Pudor me inspiras, querido suegro, y respeto también.

la cruel muerte
¡Ojalá la cruel muerte me hubiera sido grata cuando aquí

vine en compañía de tu hijo, abandonando tálamo y hermanos,
a mi niña tiernamente amada y a la querida gente de mi edad!

Mas eso no ocurrió, y por eso estoy consumida de llorar.
llorar

Te voy a decir eso que me preguntas e inquieres:

ese es el Atrida Agamenón, señor de anchos dominios,

a la vez buen rey y esforzado lancero.

de mí, cara de perra
Era mi cuñado, de mí, cara de perra. si eso alguna vez sucedió.»

Así habló, y el anciano quedó maravillado y exclamó:

«¡Atrida feliz con fortuna nacido, de opulento hado!
feliz

Realmente veo que hay muchos jóvenes aqueos sumisos a ti.

Ya en cierta ocasión fui a Frigia, rica en viñedos,

donde vi elevadísimo número de frigios, de ágiles potros,

las huestes de Otreo y de Migdón, comparable a un dios,

que entonces habían ido en campaña a orillas del Sangario.

Pues también yo me uní a ellos en calidad de aliado

aquel día en que llegaron las varoniles Amazonas.

Mas ni éstos eran tantos como los aqueos, de vivaces ojos.»

Canto III, 156-190